

Edith Eger, *La bailarina de Auschwitz*, trad. por Jorge Paredes (México: Planeta, 2019), 412 pp.

RECEPCIÓN: 28 de julio de 2020.

APROBACIÓN: 17 de agosto de 2020.

DOI: 10.5347/01856383.0136.000299534

““Todo el éxtasis de tu vida vendrá de tu interior’, me había dicho mi profesora de *ballet*. Nunca entendí qué quería decir. Hasta Auschwitz” (64). Estas palabras, me parece, son una guía rectora del texto que reseñamos. Es el primer libro de la autora, pero no es su primer ejercicio académico. Un día alguien le regaló *El hombre en busca de sentido*, de Viktor Frankl, y después de la lectura escribió un pequeño ensayo sobre las semejanzas de sus vidas, lo que dio lugar a un encuentro frecuente entre ambos. Este encuentro intelectual cambió la vida de nuestra autora.

La bailarina de Auschwitz narra, en primer lugar, el encuentro de una familia judía en un pequeño pueblo de Hungría con las fuerzas nazis en 1944. Esta familia formada por el papá, un sastre; la mamá, una ama de casa; Magda, una joven de 15 años, y nuestra protagonista, Dicuka, de nueve años, bailarina de ballet y gimnasta, que el año siguiente se romperá la espalda sin saber cuándo ni cómo. Hay otra hermana, Klara, que es una violinista prodigio y que de Budapest logró huir a Estados Unidos y salvar la vida.

Cuando la familia se dirige en el tren a lo que creen que será un campo de trabajo, padecen esas historias que hemos oído y leído muchas veces, el hacinamiento, el hambre, el llanto de los niños. Es ya el umbral del infierno. Cuando por fin llegan a su destino, la primera reacción es que ahí van a trabajar hasta que termine la guerra y que a fin de cuentas no será tan malo.

Pero conforme entran se van formando dos filas determinadas por un hombre que hace una selección. Los mayores van hacia las “duchas”, lo mismo que las madres con bebés. Los demás irán donde ya hay algunas *kapos* que los dirigen hacia las verdaderas duchas y donde los raparán. Les dan sus trajes a

rayas y por la noche empieza a sonar la música. Un violín sobre todo. Entonces entra en la barraca el hombre que hacía la selección, que no es otro que el Ángel de la Muerte, Josef Mengele. A este hombre le gusta el arte y por ello la música que se escucha, pero busca a alguien que lo entretenga y por eso está en la barraca. Quienes conocen a Dicuka saben que es estudiante de ballet y la empujan para que sea ella. “Me siento como Eurídice en el inframundo” (68), “y mientras bailo se me ocurre un razonamiento que nunca me ha abandonado [...] veo que el doctor Mengele [...] da más lástima que yo” (70).

Su madre le había dicho: “No sabemos qué va a pasar. Simplemente, recuerda: nadie puede quitarte lo que pones en tu mente” (60).

No permanecen todo el tiempo en Auschwitz, sino que los hacen caminar hasta Austria, hasta un lugar llamado Mauthausen, donde está la famosa escalera de la muerte, la ciudad imaginaria de Hitler.

Cuando los ejércitos Aliados llegan, encuentran a Dicu y Magda entre una pila de cadáveres. Dicu casi no puede caminar, pero aun así van a la plaza de Wels, en Austria, donde nadie quiere acogerlos. Los estadounidenses harán que una familia alemana los reciba.

Para Dicu y su hermana es un cambio de vida, la liberación de sus captores, pero aún no la libertad. Les tomará tiempo recuperarse físicamente y mucho más emocionalmente.

Regresan a su pueblo pero no se quedan mucho tiempo, pues se ve venir la amenaza rusa. Lograrán llegar a Estados Unidos para empezar “otra vida”, pero la sensación de la vida que perdieron estará presente siempre.

Dicu, ahora Edith, estudiará psicología en Texas e irá formando poco a poco su familia y su pensamiento. Hará precisamente psicología clínica y en su libro cuenta muchas experiencias y aprendizajes de sus pacientes. Es un largo camino el que ha recorrido, pero aún no se sabe libre. “La memoria es un terreno sagrado. Pero también embrujado. Es el lugar en el que mi rabia, mi culpa y mi pena dan vueltas como pájaros hambrientos [...] Es el lugar al que acudo en busca de la respuesta a la pregunta que no puede contestarse. ¿Por qué sobreviví?” (34).

Gran parte del libro es este camino de liberación personal, que no llegará hasta que encuentre la libertad. “La libertad reside en aceptar lo sucedido. La libertad significa armarnos de valor para dismantelar la prisión pieza por pieza” (18).

La bailarina de Auschwitz es un libro excepcional, que nos lleva paso a paso a descubrir que no es lo mismo el victimismo que la victimización.

Podemos ser víctimas de males y de injusticias, alguien puede tratarnos malévolamente, pero actuar como víctimas y permitir que esos sentimientos nos dominen, eso está en nuestras manos resolverlo. Y vivir para disfrutar de esa liberación.

CECILIA GALAVIZ ÁLVAREZ
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM